

¿JUEGO LIMPIO? SOLO HORA Y MEDIA

¿Juego limpio, democrático y moderno entre la oposición y el partido del Estado en México? Sí, pero sólo por esta vez y únicamente por hora y media. Y lo peor, es que a eso le tenemos que llamar gran avance... ¡porque efectivamente los es!

En materia de democracia política, la sociedad mexicana esta aún en la edad de bronce. Una medida bastante exacta de la enorme distancia que aún separa al sistema político mexicano actual de uno auténticamente democrático y moderno, lo constituye el hecho de que apenas hoy - a 124 años de proclamada la república y a seis de que entremos al siglo XXI- se va a dar el primer debate público y directo entre los principales candidatos presidenciales de la oposición real y del partido del Estado.

El debate entre el portaestandarte del "Gran Partido" y la oposición, es una demanda a la que el gobierno le había puesto oídos sordos. El 10 de junio de 1988, por ejemplo, Manuel J. Clouthier, el desaparecido candidato presidencial del PAN, propuso en Morelia, Michoacán, un debate entre Carlos Salinas, Cuauhtémoc Cárdenas y él, "frente a las cámaras de televisión (y) antes de las elecciones para que el pueblo tenga la oportunidad de decidir... ¡por qué no aceptar el respetuoso y sencillísimo

trámite de un debate público?" La respuesta a la petición fue igualmente sencilla: el silencio.

El debate público cara a cara, entre quienes se disputan el voto de los ciudadanos para ocupar un cargo público, es un elemento tan central como bien establecido en las democracias modernas. Un debate clásico entre competidores por el voto ciudadano lo constituye el que se dio hace más de un siglo -en 1858 y en Estados Unidos-, entre un abogado de provincia, Abraham Lincoln, y el senador Stephen A. Douglas. Ambos contendían por la senaduría de Illinois, y para inclinar la voluntad popular a su favor, acordaron debatir públicamente durante el caluroso verano y parte del otoño de ese año, en torno al tema político fundamental en esos momentos en unos Estados Unidos al borde de la guerra civil, la esclavitud y la soberanía de los estados esclavistas.

Sin el beneficio del radio o la televisión, los dos adversarios viajaron a siete poblaciones de Illinois -el uno en tren especial, Douglas, y el otro en tren ordinario, Lincoln-, y tuvieron siete memorables debates, bastante largos y libres. Douglas buscó hacer aparecer a Lincoln como un peligroso radical y Lincoln presentó a Douglas como un político de moral inconsistente en relación a la esclavitud y el quehacer político en general. Los republicanos de Illinois no ganaron entonces suficientes puestos en la legislatura local como para poder enviar a

Lincoln al senado a Washington, pero fue justamente la brillantez del debate, lo claro de su discurso, lo penetrante de sus propuestas y respuestas, lo que lo llevo en 1860 a un grupo de políticos republicanos a ver en el abogado Abraham Lincoln al candidato presidencial que estaban necesitando. Y no se equivocaron.

Por las razones anteriores, y buscando subrayar el lado optimista de nuestra situación, debemos aceptar que, en materia de debates como otras "más vale tarde que nunca". Bienvenida la primera confrontación formal y directa entre candidatos presidenciales en México. En principio, debemos celebrar que, como parte de nuestro largo, lento, accidentado y contradictorio esfuerzo por superar el estado de autoritarismo, por fin tengamos los ciudadanos una oferta de perspectivas, proyectos y liderazgos, en circunstancias de relativa igualdad.

Y en este último tema, el de la igualdad de condiciones -el *faire play*-, es realmente novedoso entre nosotros. Por lo menos desde la aparición del PRI hace 65 años, la esencia de la política mexicana es, justamente, la de impedir por todos los medios al alcance del gobierno y de su partido -que son muchos- la igualdad en las condiciones de competencia.

En la hora y media del debate de este 12 de mayo, los tres líderes dependerán, para su éxito, exclusivamente de sus propios recursos. Ahora bien en, ese gran logro de la

oposición -impedir que al menos por hora y media haya ventajas tan indebidas como tradicionales, para el abanderado gubernamental-, se corre el peligro de haber ido a los extremos y de disminuir espontaneidad y vitalidad al debate. Me explico: un moderador que no pueda hacer preguntas, ningún grupo de expertos que pueda formularlas, un tiempo rigurosamente medido, ausencia de público, cámaras fijas, etcétera; todo esto puede terminar por acartonar la confrontación. Ahora bien, lo excesivamente reglamentado del encuentro entre Diego Fernández, Ernesto Zedillo y Cuauhtémoc Cárdenas, es un resultado lógico de la histórica desconfianza de la oposición frente a un gobierno que tiene en sus manos un saco sin fondo de recursos económicos y trucos sucios.

La extraordinaria igualdad de condiciones entre gobierno y oposición que se va a dar hoy, va a durar exactamente la hora y media del debate y nada más; luego todo volverá a ser como ha sido o casi. El control directo e indirecto del gobierno sobre los medios de difusión masiva -la televisión en primer lugar, y luego la radio y los periódicos va a resurgir un instante después de que la moderadora del debate de Las gracias y se despida de los candidatos, los televidentes y los radioescuchas. Claro que la demanda de nuevos debates y de condiciones menos desiguales entre el gobierno y oposición va a ir en

aumento, pero el régimen seguirá luchando por ceder lo menos y prolongar sus ventajas congénitas.

En realidad, tan o más importante que institucionalizar el debate entre candidatos a puestos de elección popular a todos los niveles -municipal, estatal y nacional-, es la necesidad de extender extramuros y en el tiempo, el tipo de juego limpio que va a tener lugar en el auditorio del Museo de la Comisión Federal de Electricidad, hasta llegar a abarcar al resto de la arena política. Hay que terminar con la autocensura, la manipulación y el control del gobierno sobre toda la televisión (unos cuantos chispazos de pluralismo no cambian la situación general), hay que acabar con las intimidaciones de RTC a la radio; hay que enviar al museo las mil y una formas de inducir a periódicos y revistas a seguir una línea trazada desde las oficinas de comunicación de la presidencia o de los gobiernos locales. No hay exageración en las afirmaciones anteriores: la última clasificación que hizo Freedom House sobre el grado de libertad que impera en cada país. México fue clasificado como país "parcialmente libre", y dentro de esa categoría ocupó el lugar 62 de 64, es decir por debajo de Guatemala o Paraguay (*Reforma*, 4 de mayo).

Independientemente de cuál vaya a ser la contribución del debate entre los tres candidatos presidenciales al desarrollo y fortalecimiento de la cultura democrática de los mexicanos, hay una agenda sobre los "grandes problemas

nacionales", para usar el término de don Andrés Molina Enríquez, que deberá ser abordada en éste y en los próximos debates.

Esa agenda nacional es tan amplia como complicada: la democracia que debemos y aún no podemos alcanzar; una economía que pasó de ser estatista a de mercado, pero que no tiene dinamismo para crecer; la necesidad de redistribuir de manera menos injusta los enormes costos (para los más) y los abundantes beneficios (para los menos) del neoliberalismo imperante; Las nuevas y viejas amenazas a la seguridad nacional (particularmente la vulnerabilidad externa de la economía); el colapso de la seguridad ciudadana; el incremento espectacular de la corrupción en un sistema ya de por sí corrupto; el auge del narcotráfico (la "colombianización" de México), la inoperancia del sistema judicial en su conjunto; la persistencia de un sistema educativo que hace de nuestra reciente incorporación a la OCDE una burla sangrienta, y otros más.

Esta agenda nacional está enmarcada por un contexto internacional donde, al menos por ahora, no hay grandes paradigmas alternativos entre los que podamos elegir. Para satisfacción de unos e intranquilidad de otros, hoy sólo hay un paradigma vigente: el de la economía de mercado; del socialismo y del capitalino de Estado, hoy sólo quedan resabios sin vitalidad, recuerdos. Ahora bien, ese gran paradigma tiene variantes, y esas variantes son justamente

el campo de la lucha en el que se deben desarrollar la confrontación entre el partido de Estado y los que hoy se ofrecen como reemplazos viables y creíbles: el PAN y el PRD.

La obligación de aquellos que buscan el voto ciudadano es exponernos, de manera concreta, la forma como se proponen atemperar la brutalidad del mercado para impedir la injusticia extrema: la pobreza, cómo buscar dar credibilidad a las elecciones, combatir a cárteles de narcotraficantes a los que respaldan miles de millones de dólares, cómo meter en cintura a una policía y unos aparatos de seguridad que son incapaces de proteger a un candidato presidencial como a un ciudadano común y corriente, pero que son, a su vez, enemigos activos de ese ciudadano, etcétera.

Para concluir: este primer e histórico debate que va a tener lugar hoy, no va a contestar todas las grandes preguntas nacionales a cuya respuesta tenemos derecho, pero es un buen principio.